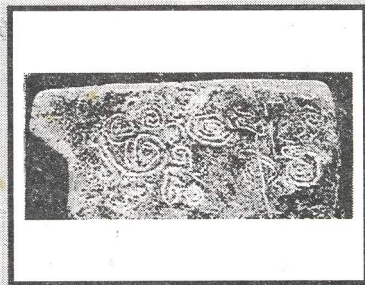
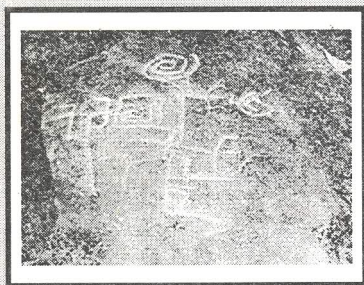


Entrevista al primer arqueólogo de

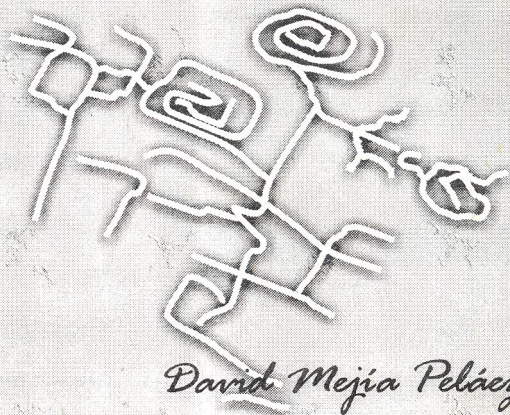
# LOS PETROGLIFOS

DICIEMBRE DE 2002

DE ITAGÜÍ



*Son rocas con grabados  
tallados por los aborígenes  
de Itagüí.*



*David Mejía Peláez*

ESTA PUBLICACION ES UN HOMENAJE A ITAGUI POR SUS 170 AÑOS

## PETRO - GLIFOS

(Versión libre de Oda a la pereza de Gustavo Adolfo Becquer)

*Estas rocas frente al horizonte dilatado y reposado  
Piedras derramadas en suave y sensual tranquilidad.  
Habitantes del bello cerro y la voluptuosa quebrada,  
parecen pensar, sentir y mirar. Inmóviles.*

*Como todas las primarias cosas de la tierra  
hablando en silencio el acaso de su existencia.  
Y en el placer de su perpetua quietud  
unos signos tallados en sus rostros,  
mimos de la eternidad.*

*Perezosos glifos simbolizando  
del alfabeto de mágicas palabras  
antiguos talladores que  
invocaron felices existentes pueblos  
y probables ocultas revelaciones.*



---

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo incondicional que me han brindado e  
Centro de Historia de Itagüí, la Escuela de Arte Eladio Vélez V.  
y la Biblioteca Diego Echavarría M.

# GRACILIANO ARCILA VÉLEZ,

## Primer arqueólogo de los petroglifos de Itagüí

Para conocer y ampliar el significado de los petroglifos y ahondar en la necesidad de conservarlos, es útil tener en extenso una voz autorizada al respecto; para esto, hemos entrevistado al primer investigador de los petroglifos de Itagüí; con el propósito de conocer aspectos de su trabajo y poder plantear acciones que hay que llevar a cabo con los petroglifos, tendientes a su recuperación y salvamento. Para realizar esta entrevista tuvimos en cuenta la lectura de su libro *Introducción a la Arqueología del Valle de Aburrá*, publicada por la U. de A. en 1971. Las consideraciones y comentarios están organizados con base al diálogo sostenido con el maestro y las ideas contenidas en esta obra. Esperamos que con este trabajo se contribuya al patrimonio cultural de Itagüí.

Cabe mencionar que consultamos además, una excelente compilación de textos de Graciliano Arcila Vélez que la antropóloga Neyla Castillo Espitia recuperara en 1995, a propósito de los 50 años de vinculación con el Alma Máter y con la cual se le homenajeaba institucionalmente de manera bien especial.\*

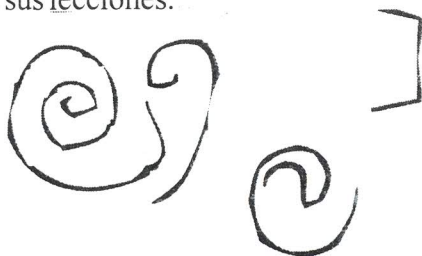


(Graciliano Arcila en su oficina)

\* Con la publicación del libro *Memorias de un origen, caminos y vestigios*, Medellín :UdeA, Marzo 1996. Obra clave para el estudio de un antioqueño que ha dejado huella.

Ha sido maravilloso conversar con Graciliano Arcila Vélez, de noventa años, y quien aspira a vivir diez años más. Persona que disfruta de múltiples temas y asuntos disímiles. Por su inteligencia discurren recuerdos memorables de toda su existencia, hábitos alimentarios mientras hacía sus labores, aspectos de su vida sencilla y descomplicada, de su increíble labor de investigador con machete en mano mientras creaba la gran obra intelectual recorriendo el país en busca de huellas y evidencias antiguas y significativas. Ver y oír recordando anécdotas pasadas en las que con una gran habilidad mental va detallando aspectos y precisiones de las aventuras, francamente es admirable. Buen conversador, simpático y sobre todo, muy generoso, que sin avaricias va otorgando y compartiendo cuanto ha vivido y estudiado. No sólo estaba informando sobre el trabajo de las piedras, también el itinerario del trabajo intelectual que le correspondió llevar a cabo en un país que está por investigarse y estudiarse.

Con el propósito de reconstruir páginas de la historia del terruño, tratamos el asunto arqueológico de las piedras olvidadas como importante insumo para comprender territorio, destino y por supuesto, historia. Trayendo sin duda una consideración clave de nuestra tierra y nuestra sociedad: unas piedras a la vista, especiales testigos de prehistoria; y así constatamos en varias lecturas que el aspecto de los petroglifos no ha sido asunto de especial tratamiento. Las monografías de Itagüí si acaso lo mencionan y las del Valle de Aburrá ni siquiera estudian huellas arqueológicas. Consideramos que la comunidad itagüiseña en general ignora esta materia y ni qué decir de los habitantes del Valle de Aburrá. Ignorancia que convendría atacar inicialmente con estas notas, que pretenden que sean de utilidad y que al menos permitan que no se olvide lo que Arcila Vélez avanzó en su estudio y para que los ciudadanos y el sistema pedagógico local hagan cátedra de este patrimonio, o por lo pronto repasen con amor e interés en sus lecciones.





## La Persona y la Entrevista

Arcila Vélez nació en Amagá el 25 de Febrero de 1912, descendiente de arriero itagüiseño, quien fue a probar suerte en Amagá a principios del siglo XX, para sacar adelante el proyecto de vida personal y de familia, al administrar una finca. Ello sucedía justamente en las postrimerías de la Ferias de Ganados de Itagüí, en donde su papá se ocupó por un tiempo, (No sobra mentar que nuestra Feria llegó a ser la más grande y concurrida en el Occidente Colombiano durante el último cuarto del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX). Arcila formó parte de una familia que por su apego a la tierra, hizo del recio trabajo de labranza su heredad.

Y justo en estas labores encontramos a nuestro personaje cuando su padre viendo que la contribución económica a la familia por parte del hijo no era necesaria, y considerando que aún estaba en edad de estudiar, a los 19 años inicia el bachillerato en su pueblo y luego sigue estudiando en Medellín. Lo vemos saliendo del Liceo de la Universidad de Antioquia y posteriormente, viajando a estudiar a Bogotá, ya que por ser destacado estudiante como bachiller de Antioquia, se gana una beca en la extraordinaria Escuela Normal Superior de Colombia, que Eduardo Santos, el presidente en aquella época había otorgado para llevar a cabo un ambicioso plan de estudios superiores, para cimentar el desarrollo del espíritu humanista, científico y técnico de los jóvenes colombianos. Allí obtuvo los títulos de Arqueólogo y Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas. Regresó a Medellín a trabajar a finales de 1943 recomendado por Paul Rivet.

Itagüí fue explorado arqueológicamente a finales de la década del sesenta y treinta años después con la tesis de grado de Diana Marcela Hernández, en la U.de A. También, Neyla Castillo, profesora de la U. de A. realizó algunas prospecciones en la finca el Ranchito, (propiedad que fuera de la familia Ospina Pérez) sitio que recientemente despierta un serio interés arqueológico a raíz del hallazgo de importantes vestigios. A pesar de contar con muchas evidencias y aportes, creemos que muy poco se ha venido haciendo por el estudio

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA

local, tanto para buscar más huellas de los primeros pobladores del Valle de Aburrá, como en profundizar en los vestigios estudiados inicialmente. Y así, a todo esto se suma lo poco que han sido difundidos este material y estas investigaciones. Pero ahí están: la declaratoria del sitio de los petroglifos como Parque Arqueológico en 1971; Finca el Ranchito, sitio de interés científico y ambiental en 1992 y el Pico Manzanillo, Parque Ambiental y de interés arqueológico entre 1997 - 1998.

Lamentablemente, esta realidad no ha prosperado positivamente como es el anhelo del arqueólogo. Por el contrario, un factor negativo ha ganado ventaja y el tema resulta ya mito, ya superstición, y gana irrelevancia. Al punto que una declaratoria oficial que permita resolver el asunto a favor de lo arqueológico, se requiere y no hacerlo resulta funesto. Es significativo el hecho que no exista archivo de los paseos de las escuelas de Itagüí a los Cerros,\* o de aquellos que hacíamos las familias y vecindario, o los que hacía don Luis Mejía a los Tres Dulces Nombres y al Pico Manzanillo, con algunos miembros de la Sociedad de Mejoras Públicas cada diciembre a quemar pólvora, como así a las celebraciones de la misa campal que eran todo un acontecimiento de romería y procesión, muchas veces pasando por entre las piedras grabadas y las huellas de los aborígenes que poblaron estas tierras; a esas caminatas acudíamos con fiambre envuelto y recogimiento aldeano; que pesar que se tienen en el completo olvido y sólo mentes lúcidas como la de doña Ofelia Múnera Palacio\*\* lo recuerdan.

El encuentro con el maestro se llevó a cabo en su oficina 107 del Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el día 29 de julio de 2002, alrededor de un maravilloso café colombiano.



\* Conversación con el Dr. Darío Franco Acosta, Presidente del Centro de Historia de Itagüí.

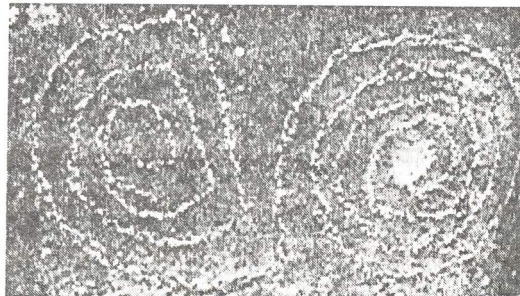
\*\* Esta información la suministró Libardo Restrepo - su hijo - refiriéndose a su madre que tiene 86 años y quien le contó esta anécdota de los paseos de las escuelas a “los tres dulces nombres” pasando por las rocas, al conocer que nos dedicábamos a hacer este trabajo.

*David Mejía: ¿Qué son los petroglifos de Itagüí?*

*Graciliano Arcila:* Son testimonios del espíritu creador primitivo de los aborígenes pobladores del Valle de Aburrá. Los petroglifos encontrados están en el barrio Rincón Santo, o Rosario como se llama hoy en día, y son unas rocas duras, unas rocas andesitas, rocas cristalinas conformadas de puro batolito de los andes antioqueños, y cuya superficie no es absorbente, y que llevan en sus caras visibles unas incisiones o tallas muy representativas de la cultura aborigen sobre la que poco o nada se sabe. Esas rocas son un complicado trabajo de talla especializada, que muestran signos o señales especiales, que hemos denominado pictogramas y que más bien poco se han estudiado, y que nuestra hermenéutica supone inscripciones simbólicas, o probables expresiones de un lenguaje común que se incorporaba a su desarrollo. El trabajo debió de ser realizado sólo en las caras visibles y planas de estas mismas rocas y quizás para la contemplación y con un fin preciso. Generalmente, las piedras tienen una ubicación al oriente y queda mucho por descubrir al respecto. Distantes unas de otras al punto que pudimos hallar ocho piedras con símbolos y descubrir un sendero de piedra pulida cercano muy bien hecho y seguramente no improvisado. Son rocas que sirvieron para unos fines que aún ignoramos, y suponemos arcaicos.

*D.M.: ¿Con qué instrumento debieron haberse hecho?*

*G.A.:* Creo que es un completo misterio aquello con que practicaron los aborígenes tan perfecta incisión, tan admirable talla. Su ancho y su profundidad regulares. Un mismo acabado. Empleo de materiales especialmente identificados. Repetición de unas figuras o signos. Debe de haberse empleado un instrumental mucho más duro que la piedra, quizás la obsidiana. Debieron haber empleado mucho tiempo y su equipo, andamios, calcamientos o trazos, nos son completamente desconocidos.



*D.M.: ¿Qué podría hacer la arqueología sobre estos vestigios?*

*G.A.:* Estudiar y seguir investigando. Llegar a conocer quiénes y cómo los hicieron, averiguar qué significado tuvieron. Llegar a saber estas cosas, ninguna otra ciencia puede lograrlo. Pero ello requiere de mucho apoyo y financiamiento. Los mensajes que los antiguos pobladores dejaron allí, en unas rocas, todavía ignoramos qué significan. Pero ya está el primer paso: descubrirlos y procurar preservarlos. Qué grado de desarrollo habían alcanzado sus autores está por revelarse. Ese es el papel de la antropología: entender los mensajes, las huellas grabadas como evidencias de un pasado remoto que por fortuna se conserva para nuestra tarea hoy en día. Huellas para identificar.

*D.M.: ¿Podría describir algún petroglifo?*

*G.A.:* Son huellas incisas dejadas sobre las caras de grandes piedras. Describen líneas, curvilíneas espiraladas, espirales con estructuras sigmáticas, aún motivos que se perfilan signos insinuados o casi borrados. Las herramientas con las que llevamos a cabo la investigación, probablemente ya hoy en día están superadas, pero decir que encontramos ocho petros como material de evidencias del pasado que subsiste es muy interesante para el mundo científico. Son prácticamente los únicos vestigios en su género que hay en el Valle de Aburrá. Creo que entre todas estas rocas se nos está refiriendo un mensaje, mas nuestra hermenéutica cuando los hizo objeto, no profundizo suficientemente, creo que por ciertas limitaciones nuestras y de la institución universitaria de entonces. Los grabados de estas piedras son una expresión simbólica, una lengua o prelenguaje y signos gráficos que revelan comunidad de diálogo o de referentes de un pensamiento común, que transmiten emociones y conceptos, que por antiguos no dejarán de ser objeto de la ciencia y de un interés muy grande para la historia.

Haber hecho los petroglifos implica que un asentamiento humano adecuado lo hubiera llevado a cabo. Por tanto es de suponer una división del trabajo concreta entre aquellos

aborígenes. Un pueblo nómada, exclusivamente cazador, primero, no podría haber hecho esta labor, habría requerido de mucho tiempo, y segundo, cumplir una especie de misión para una comunidad con un grado de organización básica sin dudas.



No son arte figurativo natural. Los petroglifos de Itagüí son posiblemente signos mnemónicos, marcas de territorios, relojes de sol, mapas, y entre otras cosas signos de categorías sociales que sugieren signos de losanges o sea rombos invertidos, y cuyo significado ignoramos considerablemente. Como hemos observado en la investigación en Arte Rupestre en el contexto de los petroglifos de Itagüí, el mensaje y las diversas piedras contienen una misma identidad de los autores. Valga observar que estos signos nos permiten relacionarlos con signos antillanos, que en la figura del huracán, hicieron de la espiral sigmática un mito que se refiere a deidades, pensamientos, marcas y simbología que quizás aluda a la fuerza de la lluvia y del viento. Idea que aún hay que profundizar más. Estos petroglifos tienen una cierta identidad con los que se encuentran ubicados en las poblaciones de Támesis, Pintada, Venecia y Valparaíso.

*D.M.: ¿Cuándo se enteró de la existencia de estos vestigios precolombinos en Itagüí?*

*G.A.:* De ésto tuvimos noticia porque Alonso Escobar Montoya (Aloncito, otro amagueño y quien había sido nombrado alcalde por aquellos años) se acercó al Museo Etnológico y nos sirvió de guía. Esto a mediados de 1954. A esta inspección vine acompañado de Alfonso Peláez y José Henao, bibliotecario de la Universidad y un excapitán del ejército (de Henao, llamado Henaito, cabe destacar que por aquella época hacía parte del Círculo Bolivariano que funcionó por muchos años y que se reunía con don Diego Echavarría Misas en la Biblioteca, y no sobra advertir que llegó a la alcaldía a mediados del año 59). Pero una década después, con unos colegas, Jairo Estrada Ruiz y Marco Aurelio Toro, volvimos a hacer una inspección más, para informarnos de la autenticidad y antigüedad de las piedras, y de ahí, de



esa labor, se llegó a la producción de un documento \* el cual es el texto completo que da cuenta de los Petroglifos de Itagüí.

En esa ocasión -continúa Arcila Vélez- a estas rocas talladas y únicas en todo el Valle de Aburrá le practicamos un estudio fotográfico. Con tiza trazamos las líneas incisas y luego, nos dedicamos a hacer toda la labor científica del caso en el laboratorio y en nuestros grupos de discusión de colegas y participantes de la academia.

D.M.: ¿Usted cree que entre estos petroglifos hay una simbólica religiosa?

G.A.: Efectivamente creo que acá en medio del sitio de los petroglifos de Itagüí tenemos un centro de ceremonias religiosas. Las figuras geométricas y de animales estilizados, signos abstractos y uno que otro signo naturalista, y particularmente, la espiral como motivo frecuente en esta rupestretería refiere a signos de categoría mítica y de una relevancia tal, que la piedra de por sí aseguraba una larga durabilidad. Y no veo por qué no vaya a ser el sitio, un sitio de ritualidad aborígen a unas fuerzas o unos dioses (de la lluvia o la serpiente poderosa que gobierna la tierra) y que ello produjera un concepto de la ascendencia y la trascendencia. El círculo, empleado mucho en estas grafías, debe sugerirnos la simbolización de un pensamiento sin duda bien avanzado en el desarrollo de los pueblos, algo que nosotros hoy debemos declarar trascendental. Un hilo que conduce después de varias vueltas a un punto que bien puede ser externo o interno y el sendero de su hilo un camino que deberíamos recorrer.

---

\* Este es el primer trabajo científico que se hace sobre los petroglifos de Itagüí. Sería útil una reedición para conocerlo. En: *Bolentín del instituto de Antropología, UdeA, Volumen III, N° 12 de Diciembre de 1970.*



D.M.: ¿Cómo podríamos saber más al respecto?

G.A.: Permítame terminar una cuestión: sinceramente creo que acá no hay inventos de antropólogo. Hay elementos de religión y ésto está por investigarse aún mucho más. Veo un pueblo tallador de piedra que de pronto desaparece, y nos deja sus huellas visibles. De modo que hay que andar detrás de estas huellas para llegar a la debida representación de una cultura primitiva cuyos únicos vestigios son estos, y ahí están esperando el reto de la antropología y de las nuevas generaciones que se interesen por ello. No pierdo las esperanzas de que algún día se puedan tener más vestigios, y por tanto, mejores posibilidades de conocer nuestra prehistoria. Siglos de cultura prehispánica.

Esta información se encuentra entre basurales, entre los restos ocultos de los sitios de asentamiento aborigen, que cuando se desentierren sin duda dejarán ver a la luz de la investigación toda su identidad. Hay que mencionar el poco cuidado que se ha tenido en la lectura de los cronistas, esto ha hecho que historiadores de respeto hayan aceptado sin análisis hechos históricos, y aún se caiga en omisiones de gravedad frente al pasado. O en el otro extremo, se inventen tesis sin ningún valor científico. La Arqueología y una larga actividad de científicos podría ahondar en muchos aspectos que recién hemos empezado a evaluar. No olvide que son cientos o miles de años que ahí en las huellas arqueológicas se encuentran enterrados. Y no sobra mencionar que si no existen políticas claras de defensa y cuidado, la gaaquería daría al traste con aquella información de valor cultural y patrimonial que los ancestros nos legaron.

D.M.: ¿Hizo usted otras investigaciones de petroglifos?

G.A.: Claro, y muchas. Las primeras fueron las de Támesis y Titiribí. La Pintada y Venecia. También en el sur, en Nariño, en el Cauca y en Boyacá. El viaje de mi experiencia ha sido largo, ruego que consulte las bibliografías mías y comprobará. Pero no puedo dejar de mencionar los trabajos en Urabá, en donde no hay presencia de petros pero sí una riqueza de

HEMEROTECA DE ILAGU



evidencias muy importantes. Éstas sí que me alegran bastante por el significado histórico a partir del descubrimiento español de las tierras continentales. Sobre el Valle de Aburrá he inspeccionado en distintos sitios: Aranjuez, Santa Elena, Belén, San Javier, El Poblado, Envigado e Itagüí, por supuesto, y habrán de pasar muchos años hasta que la investigación sea más enriquecida y reciba el apoyo y la financiación requeridas. Hay que mencionar que he estado en todas las partes de Colombia en que haya habido trabajo de arqueología.

D.M.: ¿Por qué son tan importantes los hallazgos de Urabá?

G.A.: Porque fue lo más espectacular que hice en mi carrera arqueológica, y de lo cual aún falta por publicar la segunda parte: es el descubrimiento del sitio de fundación de Santa María de la Antigua del Darién, primera Ciudad de América con aprobación del Rey Fernando II el Católico, y a la que llegaron Vasco Núñez de Balboa, Martín Fernández de Enciso, Alonso de Ojeda y Francisco Pizarro, entre muchos conquistadores más, y en donde se sentaron las bases para la primera Gobernación en América continental, que inicialmente se denominó Nueva Andalucía y posteriormente, después de Pedro Arias Dávila, pasó a llamarse Castilla de Oro, y que llegó a ser el crisol en donde se preparó la mayoría de los conquistadores de América en la campaña de exterminio de los aborígenes de las Antillas, y particularmente los del norte de Colombia, como así los habitantes de Centro América precolombina. Posteriormente, a Santa María de la Antigua del Darién llegaron y permanecieron por motivo de su empresa: Bernal Díaz del Castillo, Diego de Almagro, Fernández de Oviedo, Hernando Soto, Pedro de Alvarado y Ampudia, Juan Sebastián Elcano, Sebastián de Belalcázar, Hernán Cortés, Enrique de Colmenares, y muchos más, y a donde llegó el primer Obispo de Tierra firme, Juan de Quevedo, incluso el padre de la Casas. Prácticamente fue allí en donde se consolidó la empresa del inmenso horror que significó la conquista de América,\* de sus aborígenes y de donde salieron los más variados planes para invadir el nuevo mundo y hacerse a su oro, plata y perlas.

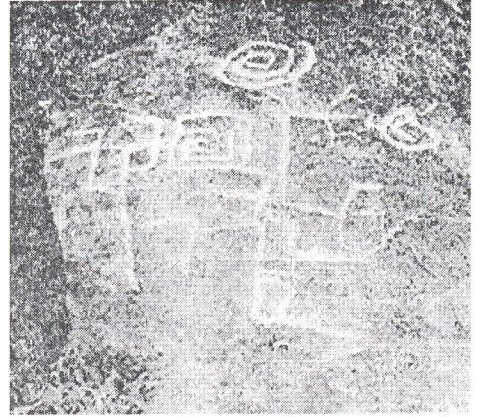
---

\* el descubrimiento de América no fué un horror. El horror se encuentra en la conquista y colonia. La época en que millones de aborígenes desaparecen y son arrastradas buena parte de las manifestaciones culturales y sus logros, ya por la búsqueda de oro, ya por la imperiosa labor de catequizar al mundo a como diera lugar.



D.M.: ¿Volviendo a Itagüí, se dieron a conocer estos avances arqueológicos a la Alcaldía de este municipio?

G.A.: Claro. A raíz de aquella prospección se propuso que la Administración de Itagüí de aquella época declarara aquella zona de los petroglifos un Parque Arqueológico. Cuestión que se acogió, incluso se instaló una placa conmemorativa a los primeros pobladores de este sitio. Además, se determinó dar tratamiento arqueológico y de patrimonio cultural al sitio del Rincón Santo.



Ahora el asunto es diferente: las autoridades locales deben intervenir estos patrimonios, deben preocuparse por ellos. Leyes recientes y Decretos complementarios de la Ley así lo demandan. Ya no hay que ir a pedirles a las autoridades que hagan ésto u aquello con el patrimonio cultural. La cultura patrimonial es de la nación y de los Municipios o ciudades, por tanto no pueden las autoridades desentenderse de él. La Constitución Política del 91, en los Artículos 63 y 72; y la Ley 397 de 1997 y el Decreto 833 de 2002, reglamentario de la Ley, dejan dicho expresamente el deber de proteger las riquezas y los patrimonios culturales. En este sentido, puede consultarse también la Ley 163 de 1959. El Decreto 264 de 1963 y el Decreto 522 de 1971. Y aún el Código de Policía compromete a estas autoridades.

D.M.: ¿Los petroglifos están bajo factores de riesgo?

G.A.: Claro que sí, y mucho. Algunos petroglifos de Itagüí han sufrido el intento de regrabación, lo cual es funesto, para ello se ha empleado instrumental moderno y con punta, diferente del que originalmente se utilizó para realizarlos, es decir sin punta, ésto es lamentable. Particularmente, uno de ellos en la Loma de los Zuletas, quizás el más grande que conocimos por allá en 1968, en algunas partes, evidencia este atentado. Sin embargo, y a pesar de la dureza de la roca, es claro que así no se deben intervenir. Otro factor lamentable es

el daño que causan los agentes atmosféricos que también son ocasión para que se afecten. O por estar a la intemperie que las lluvias los erosionen, descascaren y se corrompan sus tallas visibles, o que les pongan dinamita, como ya sucedió a alguno, según cuenta la gente del sector. Sin unos cuidados a estos petroglifos, creo que no perdurarán por muchos años más.

Hay que protegerlos de los agentes que los van borrando o que sobre sus líneas incisas van contribuyendo a que desaparezcan. Uniendo líneas a otras líneas, y vayan cambiando lo que originalmente estaba escrito. Este caso ya se evidencia también; hay una piedra grabada que fue afectada con pintura de aceite en aerosol; alguien le roció pintura, ahora retirarla es supremamente delicado. Se tiene siempre el riesgo que a cualquier otra persona se le ocurra hacer cualquier cosa insospechada a estas piedras, como llevarse una para la casa o volverla mercancía para la venta, o viéndola objeto que estorba para hacer una habitación o un camino, entonces la destruya a golpe de almádena, como ya ha pasado también.

D.M.: ¿Desde cuando está vinculado a la Universidad de Antioquia y particularmente a la antropología?

G.A.: Creo que desde finales de la década de los años treinta. Figúrese que empecé bachillerato siendo ya un hombre de 19 años, ingresé a estudios superiores con Paul Rivet, el padre de la Antropología y desde el año 43 empecé a ser profesor del liceo antioqueño. Luego de la Universidad, y desde entonces, ya van a ser 60 años, en que he estado vinculado con la Universidad de Antioquia, al Museo Arqueológico y a las comunidades científicas de boletines y publicaciones especializadas que se han propuesto y que por la labor de antropología uno debe sumarse.

D.M.: ¿Ha realizado otras investigaciones en el Valle de Aburrá?

G.A.: Por supuesto. Las formidables investigaciones realizadas en Guayabal. Ha sido fabulosa esta parte del descubrimiento de buena información prehispánica en nuestro Valle

de Aburrá. Allí se adquirió invaluable evidencia y reconstrucción de datos de información preciosa sobre nuestro Valle. Gracias a que un constructor informó el hallazgo de una tumba por los lados de El Rodeo y de la cual se sustrajo un muy interesante tesoro arqueológico para Medellín y para Antioquia. De aquella tumba hay que mencionar algo importante: numerosas piezas vieron la luz después de cientos de años. Evidencias representadas en husos del arte textil, cuantiosos y bien conservados. En el curso de muchos años no había existido absolutamente casi nada de evidencias prehistóricas del Valle de Aburrá. Pero a partir de ese hallazgo, se ha podido avanzar considerablemente en la historia del Valle, y gracias a la arqueología ya el material va revelando una información que ignorábamos. Yo ya no estoy participando de esto por mi edad, pero creo que hay varias personas e instituciones trabajando en ello seriamente.

D.M.: ¿Ha sido comprobada la información que usted ha investigado?

G.A.: Considero que sí. No en vano he sido gestor y promotor de la disciplina científica en nuestra ciudad y el departamento, y he sido reconocido en el País. De ello hablan los textos, las conferencias y la infinidad de documentación elaborada de la cual mucha está publicada. Además, la existencia de numeroso material listo para publicarse, y que no puede ser el embeleco de un chiflado o una comunidad de chiflados; todo ésto ha sido una labor lenta y de mucho trabajo siguiendo unos parámetros científicos establecidos.

D.M.: ¿Volviendo al tema de Urabá, cómo supo de Santa María?

G.A.: Un chalupero, Francisco Mosquera, un negro de unos cincuenta años de edad, que había estado observando cómo realizaba la labor arqueológica de rescate en un solar de casa de Turbo, me dice: “He oído de mis padres que a la vez lo escucharon de sus abuelos, y lo mismo que lo oyeron de los suyos y así de sus abuelos, que cerca del río Talena, antiguamente hubo una ciudad muy grande, y que se ofrecía a llevarme si quería, pero con la condición que le ayudara a traer unos marranos”. Y así se hizo. Cruzamos el Golfo de Urabá en una chalupa

y ahí mismo en medio del sitio descubrí un basural, cuestión que no fue difícil, y encontré artefactos y utensilios hispanos dejados hace cinco siglos, los cuales puse en la mochila y dando la espalda me vine con el costeño ayudándole con los marranos. Luego regresé a la Universidad de Antioquia. Las evidencias fueron analizadas con otros profesores constatamos que estos artefactos efectivamente eran la primera evidencia española dejada en América, entre 1510 y 1524, en el sitio exacto en donde estuvo la primera ciudad de tierra firme, sitio en que levantaron dicha ciudad. Estos tuestos de vasija y clavos castellanos, hoy en día reposan en el Museo Arqueológico de la Universidad de Antioquia y se constituyen en la primera evidencia de Santa María de la Antigua del Darién. Terminó diciendo que a partir de ese momento con aquel trabajo se dió inicio a una nueva era de la Antropología en Colombia.

D.M.: ¿Qué lo ha animado a lo largo de la carrera?

G.A.: Una pasión irresistible por el estudio, la indagación y el encontrar explicación adecuada a tanta información oculta en nuestra patria y en nuestro terruño. Descubrí el estudio ya siendo adulto y desde entonces me fue imposible desentenderme de andar interesado por mi ciencia y la labor que con ella se puede ofrecer a la sociedad y a la historia. Jamás me ocupé en otra cosa que no fuera en de velar mitos y leyendas, caminos y vestigios, memoria de los orígenes y el desarrollo del hombre al paso de los siglos. Miré, nunca es tarde para empezar a indagar. En cuestiones históricas y antropológicas falta pero mucho por hacer e investigar en nuestra patria. Lo más importante de todo será las ganas de trabajar. Trabajar no sólo por y para encontrar respuestas, sino para disfrutar el andar buscándolas.

Al final de la entrevista, el profesor Graciliano advirtió que algunos antropólogos vienen trabajando el Valle de Aburrá hoy en día, como muchos estudiantes recientemente graduados y que él, quisiera que fueran más. También celebró que el interés subsista puesto que con ello se está contribuyendo al patrimonio cultural nacional y al rescate de la presencia atávica oculta en evidencias arqueológicas.

Para despedirse dijo: no hay o no conozco Arcilas de arriba, solo existen los de abajo; hombres y mujeres, sencillos luchadores, que como yo se han propuesto contribuir al bagaje y riqueza cultural del absorto país, que aún vaga por falta de identidad y pertenencia, de admiración y estima.

## COMENTARIO AL ACUERDO MUNICIPAL DE 1996

El Acuerdo Municipal N° 014, del 09 de Mayo de 1996, del Honorable Concejo Municipal de Itagüí, precedido por la H. Concejal, Isabel Elena Nieto Rodríguez, determinó: declarar los petroglifos del Rosario patrimonio cultural. Identificar el terreno en que se encuentran éstos y adecuarlo. Contratar profesionales que se encarguen de la conservación y estudio de los petroglifos. Divulgar la existencia y el valor cultural de dichos bienes arqueológicos y finalmente construir una plataforma para cada una de las piedras. Por un exabrupto y una barbaridad inexplicable, también contempló una posterior ubicación de los petroglifos en el Parque del Artista; el traslado parecía inminente y en forma definitiva. En el Artículo Cuarto, determinaba hacer un cronograma de actividades (¡...!). Y en el Artículo Quinto, autorizaba al Alcalde Municipal hacer los traslados presupuestales necesarios. Artículo Sexto, el presente Acuerdo rige a partir de su sanción (¡...!).

Contra este Acuerdo se generó una recia oposición, sobre todo en relación con la parte del Acuerdo en que se pretende su traslado hacia otro lugar. El asunto quedó en que eran INTRANSPORTABLES y ABSURDO arrancarlos de su lecho y de su entorno, y pasan los años y no se hace nada.

Ojalá prosperara un inventario de evidencias arqueológicas de Itagüí y se iniciara el museo respectivo como primera acción hacia la cultura del patrimonio cultural. Me atrevería a sugerir que estos tesoros no sólo se protejan sino que de ellos, en particular de los petroglifos, se haga una copia o una réplica a tamaño y sean ubicadas en varios sitios públicos de la ciudad. De modo que la comunidad se los apropie y empiece a conocerlos, a tenerlos como parte integral de nuestros bienes ya que lo que no se conoce, no se aprecia y quizás no se estima. Este Acuerdo amerita un estudio urgente.

## A MODO DE EPÍLOGO

Los petroglifos de Itagüí son ancestros culturales que debemos y tenemos que salvar, reivindicar y proteger. Son rocas grabadas que esperan ser contempladas al cabo de los tiempos por el valor de la antigüedad que representan. Son hallazgos ricos que deberían despertar nuestra admiración y respeto, tanto por ser manifestación de la actividad en la piedra por los antiguos como por conservarse aún para que los modernos podamos apreciarlos. Son esculturas de viejos ritos y atávicas costumbres, ¡no las abandonemos!

Los petroglifos de Itagüí no pueden ser rayados, ni siquiera frotarse con cualquier elemento con el pretexto de copiarlos, tampoco ser trasladados, y mucho menos llegar a ser pintados, ni por más tiempo permanecer ocultos, no pueden seguir ignorándose, mucho menos ser maltratados de cualquier modo. Hay que cuidar de que no se descascaren al limpiarse o al lavarse, hay que tener mucha atención al visitarlos, puesto que son un riesgo al que se les somete al hacer cualquier prospecto; es recomendable seguir debidos pasos técnicos de manejo de evidencias arqueológicas, es por ello que por ningún motivo se pueden cepillar con alambre, ni retocar, ni pisotear.

Ojalá que se les descubra, para que se les conozca. Que se les organice visitas programadas y sean objeto de avanzado estudio, para que terminen ocupando el sitio que les corresponde en la historia. Qué bueno sería que se inventarian y al paisaje en general del entorno de éstos se visualizara como la casa de los ancestros. Y que la casa de los petroglifos se incorpore a la lista de los bienes patrimoniales culturales del Valle de Aburrá. Sería muy positivo que invocando la UNESCO se les otorgara un puesto declarado entre los sitios de Arte Rupestre del planeta.

Qué bueno sería ver los petroglifos de Itagüí cubiertos y protegidos del sol y del agua, de la inclemente contaminación, tenerlos cubiertos para que los vientos mohosos que vienen de las industrias contaminantes no los destruyan. Que sean tratados como personajes vivos

dictando las 24 horas del día secretos mensajes de los aborígenes y de los primeros habitantes del Valle de Aburrá.

Desde milenios nos aguardan. Desde cientos de años se conocen y no lo hemos apreciado o no lo sabíamos. Desde que fueron esculpidos o tallados, éstos como espectadores contemplan la rotación de la tierra, los eclipses y los fuertes ventarrones o las tempestades. Al fondo, la Luna cada vez ha salido a contemplarlos y en cada tarde los rayos señalan la sombra de occidente. Parecen estatuas en movimiento, soñando el arte de los comienzos, el arte de los primeros testimonios del espíritu creador del hombre trabajando al aire libre.

Tienen que ver con petroglifos de otros sitios de Antioquia y de Colombia: Támesis, Venecia, Titiribí, La Pintada, Valparaiso, Yolombó, Nariño, Cocorná, Gómez Plata, y Amalfi. Hay que llegar a saber de su continuidad temática cercana. Conservan en la pictografía lejana, una complementariedad y una familiaridad increíbles. Tienen vigencia, son patrimonio vivo, no valen dinero. Son riqueza cultural. Son rocas detenidas en el tiempo susceptibles al tiempo, son rocas sujetas al poder destructible del hombre. Son criaturas primitivas, legendarias y vivas que expuestas al aire, al sol y al agua pueden llegar a morir. Piedras que pueden estar enfermas o en riesgo de ser destruidas bajo la maza inescrupulosa del progreso o de la gaaquería.

Esta es una invitación a conocer su existencia. A agregar los petros de Itagüí a la agenda de la ciudad y de sus ciudadanos. Espero que resulte un acercamiento a presenciar y apreciar la antigüedad de nuestra estirpe bitagüiseña. Es una invitación a su defensa, conservación y cuidado. Es una valoración de los petroglifos como patrimonio. Es una invitación a potenciar una economía de turismo. Es una recomendación a rodear en un abrazo de árboles y flores y arroyos, piedras silenciosas que valen más que otras por los signos grabados y por lo que de suyo tienen y no es posible menospreciar, desestimar y destruir.

Esto es un breve ensayo de introducción al Arte Rupestre que nos acompaña desde siempre. Esta invitación es a tener en estas piedras unos archivos ancestrales, quizás de capítulos importantes de la historia que nos toca y no nos habíamos dado cuenta que nos pertenecía, ahora tal vez nos corresponde abrirlos, pueda ser que sepamos llegar a sus claves. Esto es una fuente para el estudio filosófico y artístico, religioso y económico, histórico y logístico del Valle de nuestra Ciudad. Será una fuente para conocer los mecanismos cognitivos de nuestros ancestros y que al paso de los milenios conservan detenidas sus voces y los datos de una cultura ignorada.

Arte prehistórico girando en torno a diversos temas. Material para llegar a precisar con observaciones muy concretas en su contenido y en su evolución. Estos petroglifos son Arte Rupestre legado por los antiguos pobladores de Itagüí y son gran cosa aún si no sabemos qué significan, cómo se hicieron, para qué eran utilizados. Los petroglifos de Itagüí animarán la investigación en la medida de la valoración y más aún, si se supiera su interpretación. Los signos tallados, latidos de la piedra. Voces enterradas para saber escuchar. Y quisiera recoger del artista Nelson Montoya Betancur, (Ness), lo que, en el catálogo de una exposición suya en la Cámara de Comercio, dijera de las piedras en las que con gracia lúdica trabaja:

*“La piedra,  
material primario hace parte del todo,  
a la hora de ser tallada,  
no permite correcciones,  
ofrece oposición,  
exige trazo firme,  
sin temores,  
que haga posible visualizar,  
palpar sus rasgos vitales,  
su gesto,  
sus condiciones interiores”*



Y, ahí están las piedras de Itagüí, en un territorio que existe desde milenios y desde entonces, piedras grabadas que nos legan sus testimonios.

Este trabajo de poema a los petroglifos, entrevista a Graciliano Arcila Vélez, el comentario al Acuerdo Municipal y el epílogo, son partes de un trabajo más extenso que se encuentra en preparación para su publicación.

## APÉNDICE SOBRE EL HIMNO Y EL ESCUDO DE ITAGÜÍ\*

---

\* Incluir este apunte sobre el himno y el escudo, se debe a que parece oportuno en este homenaje a nuestra Ciudad en sus 170 años, dejar la inquietud al Concejo Municipal y demás autoridades locales, que a estos elementos de identidad cultural les sucede parecido lo que a los petroglifos: que padecen falta de identificación y estima.



## INVITACIÓN PÚBLICA PARA REPLANTEAR EL HIMNO DE ITAGÜÍ

*“Honor y gloria al libro, en cuya letra está,  
el tríptico grandioso: Dios, Patria y Libertad.  
Sigamos la bandera de Girardot gentil,  
que funda desde Bárbula la fe en el porvenir.*

*Pero otras altas cumbres hay que escalar también,  
dónde la ciencia irradia con luz de amanecer.*

*En Itagüí hay un pueblo valiente y luchador,  
que tiene una morada que alumbra como el sol.*

*Y así al caer la noche como el cocuyo fiel,  
sigue alumbrando el mundo, no hay sombras para él”.*

### APUNTES DE SUGERENCIA:

El himno de los pueblos es el canto de sus gestas, es el recuerdo de los grandes motivos de su existencia, son los versos de la memoria de su devenir. En el himno los pueblos van dejando ver, el logro social, y hablan del curso del tiempo en que se dieron las cosas magníficas en el combate con las dificultades. No se oculta su ancestro y su progenie, no se olvidan los epígonos gloriosos. Todo himno debería aplicar cuadros, estampas, gente propia y motivos autóctonos; de algún modo, ver y oír en él, lo característico y halagüeño del contenido de su historia y de su geografía.

En el himno actual se destaca la ausencia de elementos que lo remitan al paisaje y a procesos sociales del terruño; no sobresale ningún icono geográfico o histórico de la ciudad, ni elemento alguno con qué identificarse exclusivamente. Los versos de este canto actual a nuestra ciudad, el del aséptico poema de Aurelio Martínez Mutis, por el contrario, se

especialidades de miles de emigrantes del este y el oeste, del norte y del sur; cuando en el lapso de unas décadas familias campesinas llegadas de todas las esquinas del departamento o de la república, levantaron parentela y quizás la bandera del proletariado. Así una excepcional popular gitanería. Precisamente, oleadas de poblamiento para convertir a Itagüí la ciudad de mayor densidad en lo nacional, y de paso, en la de mayor índice de construcción en la subregión del Aburrá Sur.

El aspecto económico es un punto aparte. Acá el himno debería referir con alguna indicación su azorado desarrollo. Lo que ha podido alcanzarse en Itagüí es notable. No en vano las estadísticas refieren por ejemplo, que seamos el 44% del número de comerciantes y empresas de la jurisdicción del Aburrá Sur, y terminemos siendo un conturbado territorio de alta densidad.

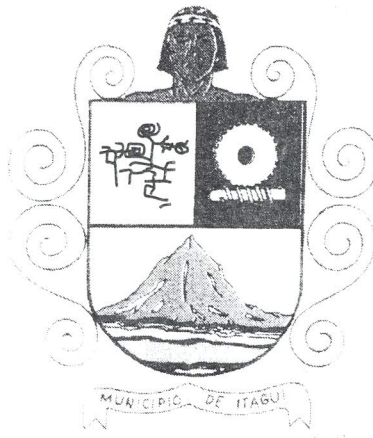
¡Quisiera ver un nuevo Canto a la Ciudad de Itagüí! ¡Qué falta está haciendo para que crezca el alma y se hinche el corazón! Nos lo deberíamos proponer. Ya el canto al héroe del Bárbula no nos dice mucho o no nos dice nada. El himno actual deja un gran vacío de referente, de identificación, de simbolismo, de emoción, de tradición, de identidad y de pertenencia. Al cantarlo no se estremece la fibra de nuestras vinculaciones con la historia y con la gente del terruño. Incluso pareciera, que la comunidad en general ni conoce o no le presta atención al himno vigente. Cantar a la ciudad, al país chiquito que nos toca, a la comunidad de familias que somos los vecinos y a la cultura con la que nos relacionamos, nada de esto está aquí, no nos aparece y menos se ven reflejadas aquellas cotidianidades. Y así, nuestras vidas existen sin un canto que nos lleve a vibrar con la Ciudad de Itagüí.

En el himno actual no se visualizan claramente nuestros límites. Ahora bien, si los iconos y la simbólica colectiva de identidad pasaran por este canto, el imaginario colectivo de los itagüiseños se exaltaría y ganaría en estímulos de afecto por lo terrígeno, y sinceramente, creo que se adoptaría con fervor y orgullo la ciudad amada. Aparecería el himno como un claro propósito ciudadano por la territorialidad pero no fragmentada en barrios o comunas o

zonas sino como unidad. Y estaría impreso como visión sobre el tapiz de los colores de su bandera. Me preocupa que nosotros itagüiseños oriundos o no no acometamos esta acción concreta al respecto. Invito a los creativos a retomar esta propuesta; a que, aún cuando el fenómeno de la conurbación resulte un proceso irreversible, y muy a pesar nuestro, los linderos se deforman en la óptica de la integración de ciudades; en unos versos rememoremos lo que suena y se ve, se oyó y se vió, por todas partes de nuestros lugares ahora en que celebramos los 170 años de su fundación.

Y para concluir, quisiera referirme al escudo de la Ciudad. En el escudo encontramos una columna griega que simboliza la cultura en Itagüí. Sería sensato sustituirla por un signo rupestre símbolo de la cultura bitagüí en particular, símbolo con que la ciudad debe identificarse. Uno de los ideogramas de uno de los petroglifos que nos debe enorgullecer y que por ser exclusivamente nuestro, creo que nos representa esencialmente en la cultura. Un elemento constitutivo no de la cultura helénica sino de la cultura precolombina de la que venimos, (vestigio fidedigno de la preexistencia de los antepasados de Itagüí) y que de cuidar y preservar en óptimas condiciones nos permiten tener un sitio en la historia de la cultura amerindia.

(Fragmento de charla en el Centro de Historia de Itagüí, abril de 2002)



(La heráldica del Pico Manzanillo merece un cambio también)

